



ÁFRICA ORIENTAL.—NAIROBI, «LA CIUDAD DE HIERRO.»— Reproducción de fotografía enviada por el P. Cayzac. (Pág. 161)

## CARTAS DE MISIONEROS

### BORNEO (INDIAS NEERLANDESAS)

#### Inauguración de una escuela católica

Hace tres años que, por decreto de la Sagrada Congregación de la Propaganda (11 de Febrero de 1905), Su Santidad el Papa Pío X separó del Vicariato apostólico de Batavia y confió á los reverendos Padres Capuchinos de la provincia de Holanda, toda la parte de la gran isla de Borneo, dominio colonial de los Países Bajos.

A la atención y amabilidad del R. P. Moyse, Procurador general de las Misiones de la Orden de los reverendos Padres Capuchinos, debemos la carta siguiente, que relata un suceso de trascendental importancia para el porvenir de esta Misión de Borneo: la inauguración de una escuela católica en Singhawang.

CARTA DEL RDO. P. MARCELO, MISIONERO CAPUCHINO

**L**o que tan ardientemente habíamos deseado, es ya una realidad. Desde 1.º de Octubre del pasado 1907 tenemos escuela en Singhawang.

La solemne inauguración de esta escuela habíase señalado primeramente para el 1.º de Julio; pero diversas circunstancias nos obligaron á trasladarla al 1.º de Octubre. Tiempo ha que los carpinteros y los Padres todos trabajábamos con verdadero ardor para ultimar la obra; y, gracias á este trabajo constante, los locales quedaron dispuestos el 29 de Septiembre.

El nuevo edificio consta de bajos y un piso. En éste hay el dormitorio de los niños y un aposento para el reverendo P. Beat, y en los bajos, tres clases. Además,

en otro edificio contiguo hay la sala de recreo, un patio con galerías, la cocina y el refectorio.

El reverendo Padre Prefecto, buen conocedor del carácter chino, decidió que la inauguración de las escuelas se celebrase el mismo día de la bendición solemne de los edificios, pues sabe que á los niños les gustan mucho las demostraciones exteriores, y especialmente las grandes solemnidades públicas.

El día 1.º de Octubre, á primera hora de la mañana, los fieles estaban ya reunidos para asistir á la Misa solemne que debía celebrarse á las ocho y media. Los niños sentáronse al lado de las Hermanas. Cuando el reverendo Padre Prefecto, acompañado del Hermano Leopoldo, que fué quien le ayudó la Misa, subió al altar para celebrar la solemne del Espíritu Santo, á fin de implorar las bendiciones del cielo para la instrucción de la juventud, los misioneros cantaron la Misa de Haller.

Creo inútil deciros que pedimos fervorosamente al Señor se dignara derramar abundantes bendiciones sobre esta gran empresa.

Acabada la Misa nos dirigimos procesionalmente á la escuela, cantando el *Veni, Creator*: abría la marcha la cruz, seguían las Hermanas, con todos los niños, y luego los hombres, las mujeres y los cantores; el reverendo Padre Prefecto, revestido de capa pluvial y rodeado de curiosos, cerraba el cortejo.

AÑO XVI.—Núm. 314

31 DE JULIO DE 1908



En el curso de la procesión se cantaron las Letanías de los Santos. Daba gusto ver como las niñas, vestidas con sus mejores trajes y acompañadas de las Hermanas, sabían darse airecillos de importancia llevando magníficos estandartes... ¡Y qué contentos estaban los niños! Unos porque llevaban pabellones nacionales, y otros porque iban vestidos de niños de coro... ¡aquello era alegría y felicidad!

Hasta la escuela vestía de gala. Muy de mañana el P. Mario me ayudó á adornarla con profusión de cuadros é imágenes. En el frontispicio habíamos colocado dos cuadros, uno del Sumo Pontífice reinante y otro de la reina Guillermina, y á ambos lados varias imágenes de la Santísima Virgen y de los Santos nuestros protectores. En medio de la sala de recreo habíamos colocado un magnífico Crucifijo, adornado con profusión de flores, para que fuera también bendecido, y muy á pesar nuestro no pudimos proporcionarnos una imagen de San Dionisio, patrono de la escuela.

Una vez bendecida la escuela y demás edificios, el reverendo Padre Prefecto, dirigiéndose á los circunstantes, les pidió una oración para todos los bienhechores que con sus limosnas han hecho posible la construcción de la escuela. Y pronto subía al cielo unánime plegaria, pidiendo al Señor el bienestar temporal y eterno de cuantos han contribuido al progreso de la Misión de Borneo.

La procesión entró luego á la iglesia.

El número de los alumnos que han empezado el curso es consolador: son 45.

Por la noche, gran castillo de fuegos artificiales coronó este memorable día.

## DEL GOLFO DE GUINEA

### Modelo de generosidad.—Una súplica

Es del P. Gabriel Martí, C. M. F., misionero en Elobey, amigo de los lectores de *Las Misiones Católicas*, que con tanto gusto han saboreado repetidas veces sus hermosos escritos, la siguiente carta que copiamos del último número de *El Iris de Paz*, recomendándole muy de corazón á la caridad de nuestros lectores:

**P**ROPIO es de corazones nobles y agradecidos manifestar, del mejor modo posible, los sentimientos de afecto y gratitud que sienten hacia sus bienhechores. Y si los beneficios recibidos redundan en bien de la sociedad, es muy justo que se haga también pública la tal manifestación de reconocimiento.

Ahora bien. La Misión de Elobey, en poco menos de un año, ha sido favorecida por un caritativo bienhechor, con el cuantioso donativo de *dos preciosas imágenes, del Sagrado Corazón de Jesús una y del Inmaculado Corazón de María la otra*, las cuales han sido expuestas ya á la pública veneración de los fieles en la iglesia de esta Misión.

Es, pues, muy justo que después de dar fervientes acciones de gracias á Dios Nuestro Señor, de quien procede todo bien, las demos también muy cumplidas á nuestro insigne bienhechor por tan extraordinario beneficio, aunque hayamos de ofender su humildad y mo-

destia al publicar su nombre en las columnas de esta Revista.

En nombre, pues, del reverendo Padre Superior de esta Misión, de todos los Misioneros residentes en la misma, y de los cristianos y catecúmenos que fervorosos acuden para honrar y venerar á tan devotas imágenes, me es sumamente grato dar las gracias más expresivas al Sr. D. Juan García Ramírez, residente en Toledo, por una tan grande obra de caridad como esta, y que según fundadamente esperamos, tanto contribuirá para acrecentar el amor y la devoción de estos morrenitos á los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Y ya que no nos sea dado retribuir á nuestro caritativo bienhechor tanta generosidad, hacemos fervientes votos para que el Deífico Corazón se lo retribuya centuplicadamente aquí en la tierra y eternamente en el cielo, como de todo corazón se lo deseamos.

Con esta ocasión, no puedo menos de reiterar una humilde súplica, pidiendo una limosnita por amor de Dios, á todas las almas caritativas que deseen cooperar eficazmente á la conversión de estos pobrecitos infieles. ¡Oh! ¡Cuánto se lo agradecerán, ellos que tanto lo necesitan! Porque si bien es cierto que con las susodichas imágenes se ha remediado decorosamente la necesidad que de ellas teníamos para la iglesia de la Misión, lo es igualmente que necesitamos *cuatro imágenes, ornamentos sagrados, cálices, etc., etc.*, para otras tantas Reducciones que tenemos en la costa é interior del río Muni.

Todas las personas de buena voluntad que deseen coadyuvar á la fundación y progreso de dichas Reducciones, pueden dirigirse al muy reverendo Padre Procurador de estas Misiones, en Madrid, Buen Suceso, 18; á la residencia de los Padres Misioneros, en Barcelona, Ripoll, 25, 2.º, y también á cualquiera de las Casas y Colegios de los Misioneros, Hijos del Inmaculado Corazón de María.

Entretanto, les anticipa las gracias, y ruega por todos, el mínimo de los Misioneros de la Guinea Española.

## NOTICIAS VARIAS

### Roma.

*Nuevos sacerdotes chinos.*—El 13 de Junio en la iglesia del Colegio de la Propaganda, el Ilmo. Sr. Pío José Passerini, Vicario apostólico del Chan-si meridional, China, actualmente en Roma, ha ordenado sacerdotes á tres diáconos indígenas de su vicariato, alumnos del Colegio de la Propaganda. Estos son los Rdos. PP. Simón Ly, Andrés Tan y José Ly. Estos tres jóvenes sacerdotes chinos, alumnos de la Propaganda de este Colegio Urbano, abierto á todas las naciones del mundo, han completado sus estudios teológicos y se preparan á regresar á su Misión acompañando á su Prelado.

### Guinea Española.

*El crimen de Utamboni.*—Por la importancia que tiene para España todo lo de la Guinea, copiamos de la revista *Guinea Española* el relato del siguiente crimen, que prueba cuánto tienen que trabajar aún esos Misioneros para lograr que la fraternidad y caridad cristianas reinen en aquellas tierras.

En el poblado pamue, llamado Uormakog, tenía establecida



una sucursal de la factoría de la Trasatlántica española de Elobey, el Sr. Belar. A causa de haber recibido muchos efectos días antes del 17, y por no caberle todo en el almacén, dejó fuera unas cajas de tabaco y varios barriles de alcohol, encargando á sus dos criados, Yelé y Obamé, que vigilaran alternativamente durante la noche del 16. Ya fuera porque se durmió Obamé en la hora que le tocaba vigilar, ó ya fuera porque se convino con otros, lo cierto es que el cocinero Yelé notó que faltaba tabaco, y riñó á Obamé por lo sucedido, y, así que amaneció, se lo comunicó al Sr. Belar. Este llamó al cabo de la Guardia Civil de Kangañi, el cual se personó en Uormakog, y, no pudiendo dar con los autores del robo, detuvo á dos sobre los que recaían sospechas. Dirigiase el cabo á Kangañi en un cayuco con los detenidos, y al propio tiempo el jefe Anvam pasaba por tierra con objeto de arreglar la cuestión en Kangañi.

En éstas se oye un disparo de fusil y el cabo vuelve aprisa á Uormakog, ¡pero cuál fué su sorpresa al encontrar ya cadáver al Sr. Belar, á consecuencia de un tiro que le había dado su criado Obamé!

Parece ser que Obamé, desde que se descubrió el robo por la mañana, comenzó á suscitar pasadas querellas contra el Sr. Belar, y al ver que el cabo de la Guardia Civil llevaba dos detenidos, fueron á buscar las escopetas al barrio del segundo jefe, llamado Nelung, é inmediatamente se dirigieron á la factoría, colocándose detrás de una de las esquinas de la misma. Al ver el Sr. Belar á los pamues en aquella actitud amenazadora, salió de casa, revólver en mano, con objeto de defenderse; mas al asomarse á la esquina, el criado Obamé le disparó un tiro á pocos metros, dándole en el costado izquierdo y atravesándole el corazón y pulmones; por lo cual el señor Belar cayó allí muerto después de dar dos ó tres pasos.

Esto sucedió el 17 á las seis de la tarde, é inmediatamente fué trasladado á Elobey, en donde se le dió sepultura eclesiástica, acompañando el acto todos los europeos. Por su parte las Autoridades locales tomaron en seguida las debidas providencias y se personaron con tropa en Uormakog, con objeto de tomar datos, proteger la factoría y castigar á los culpables. Ultimamente he sabido que temerosos los pamues de la actitud amenazadora del Gobierno, han entregado ya al autor del crimen, Obamé.

En vista de lo que de unos años á esta parte está pasando, hemos de convenir en que, si bien se han de emplear todos los medios posibles de atracción de los indígenas, se ha de obrar también con energía, haciendo ver á los pamues que no pueden cometer mil y mil crímenes impunemente.

Roguemos al Señor por el alma del Sr. Belar, y á su desconsolada familia la acompañamos en su desgracia.

Como se ve, nuestras fuerzas capturaron al asesino; pero desean apoderarse de los demás que con él acudieron con armas al acto. Si ya no están en su poder, es posible que tarden poco en cogerlos. Varios jefes pamues se han ofrecido á coadyuvar la acción del Gobierno; conviene, sin embargo, que entiendan bien todos que el Gobierno dispone de fuerzas suficientes para castigar sin necesitarlos á ellos.

## Chile.

*Estado floreciente de la república.*—Según el último Mensaje, la República tiene hoy una población de 3.248,224 habitantes, cifra que, comparada con la que arrojó el censo de 1865, da para aumento anual de la población la proporción de 1,29 por 100. Sin embargo, esta población es insignificante, si se atiende á que Chile es mayor que Austria-Hungría, que tiene hoy más de 38 millones de habitantes.

\*

Respecto á la Instrucción pública, el adelanto es visible, pues en 1907 se crearon 159 escuelas, siendo el número total de éstas de 2,214. Funcionan en la actualidad 15 Escuelas Normales, 69 Liceos, nueve Escuelas de Comercio, un Instituto pedagógico, correspondiente á nuestra Universidad, y una Academia de Bellas Artes, de cuya cátedra de Composición y Dibujo va á encargarse un notable artista español. Además de esto, se hacen los estudios para la construcción de una Escuela de Ingeniería y Arquitectura.

El discurso presidencial concede, como no podía menos de hacerlo, extraordinaria atención á la hacienda pública y á la cuestión del cambio, que ha llegado á un tipo tan bajo como hacía tiempo no alcanzaba en Chile. Para remediar los daños que esto ocasiona á la industria y comercio chilenos, el Ejecutivo anuncia la eliminación del curso forzoso tan pronto como sea posible, confiando en que esta medida habrá de producir excelentes resultados.

Por último, las obras públicas han recibido un gran impulso, habiéndose construido ó hecho estudios para la construcción de 18 líneas de ferrocarriles en el transcurso del último año.

## Islas Salomón meridionales (*Oceania*).

*Necesidades apremiantes.*—El Rdo. P. Bertreux, Marista, prefecto apostólico de las islas Salomón meridionales, escribe al ilustre canónigo Sr. Robert, director del *Petit Messenger des Missions*:

«—¿Cuáles son, me pregunta V., las necesidades más apremiantes de vuestra Misión?»

«Y yo, junto con todos mis misioneros, le respondo sin titubear: Ante todo necesitamos una lancha de vapor de unas veinte á veinticinco toneladas, con un motor de petróleo, para ir á visitar y á socorrer las estaciones ya establecidas y para explorar todas las islas que componen la prefectura apostólica, pues las más lejanas aún ni siquiera han sido visitadas, por falta de embarcación de tonelaje suficiente. Fije V. un instante los ojos en el mapa de Oceanía, y verá que el archipiélago de las Salomón es uno de los más importantes del Océano Pacífico, y que de las islas de Santa Cruz á la del Tesoro, límites Sud-Este y Nor-Oeste respectivamente de nuestra Misión, media una distancia, en línea recta, de más de 200 leguas.

«Una expedición de socorros á las estaciones de Guadalcanar exige cuatro ó cinco semanas de navegación, pues hay que recorrer más de 300 kilómetros. Y esta excursión debo hacerla cuatro ó cinco veces al año. El trasatlántico que nos trae las provisiones y la correspondencia de Sydney, sólo hace escala en la estación de Rua-Sura, donde resido habitualmente. Al marchar éste cargo á bordo de nuestra balandra lo destinado á las reducciones de la costa Norte, ó á las de la costa Sud, y hago dos viajes sucesivos para dejar á todas aprovisionadas. Estas expediciones, largas, monótonas y fatigosas, no se hacen sin graves peligros; pero son absolutamente indispensables. Nuestras Misiones no pueden ser provistas de otra manera; muchas de ellas están establecidas en islas que los comerciantes no visitan nunca.

«En las Salomón, la navegación es más penosa y arriesgada que en el resto de nuestras Misiones, pues las travesías son más largas y los huracanes más frecuentes. Durante un viaje de cinco ó seis semanas, es raro no sufrir furiosos vendavales y á veces violentas tempestades, especialmente en las épocas del cambio del monzón y de los vientos tan temidos del Norte-Oeste.

Desde hace cinco años, vivo tanto en el mar, á bordo de



nuestra balandra, (especie de chalupa cubierta de seis á siete toneladas), como en la tierra. En esta frágil embarcación he hecho todos mis viajes, no sin graves peligros. No se recorren fácilmente 1,000 leguas con un mal buque de vela tripulado por gente inexperta... creyendo siempre ver la muerte á cuatro pasos.

Ya he perdido la cuenta de las veces en que, viendo la débil barquilla azotada por las furiosas olas de un mar enloquecido y creyendo llegada mi última hora, he elevado los ojos al cielo, y haciendo un acto de verdadera contrición, he clamado: «¡Señor, apiadaos de nosotros, que perecemos!» Todavía me parece oír la voz de uno de mis pequeños marineros gritar con horror: «¡Padre, estamos perdidos! ¡Perecemos y aún no estoy bautizado! Tome agua de mar y borre mis pecados... ¡quiero morir cristiano!...»

Nuestro Océano no es, pues, siempre *pacífico*. No obstante debo manifestaros que no lo sentimos. A menudo, muy á menudo, deseáramos verlo más agitado, porque el enemigo que más tememos es la calma. Estáis en alta mar, un viento favorable hincha las velas, y la nave avanza con paso ligero; ya os regocijáis pensando que pronto atracaréis en la playa y podréis abrazar á un Hermano... ¡Paciencia! El viento empieza á calmar, hasta que cesa por completo; la nave queda parada, apenas mecida por las olas... esto es la calma, la calma chicha, que os tendrá detenido uno, dos, varios días, quizás semanas enteras. Repetidas veces he sufrido esta prueba, du-

ra sobre toda ponderación: si estáis sobre cubierta, los intensos rayos del sol os abrasan; si intentáis refugiarnos bajo ella, el excesivo calor y la falta de aire os hacen insoportable aquel lugar, y acabáis á veces por sufrir hambre, y sobre todo sed, una sed devoradora, porque las provisiones y el agua potable llegan á agotarse...

«Hay que creer, pues, á los marinos de los mares del Sud cuando dicen que para ellos las calmas son peores que las tempestades.

«De ahí la necesidad de una lancha con motor de petróleo para nuestras expediciones.

«Algunas de nuestras antiguas Misiones han podido procurarse ya este género de embarcación, que poseen también todos los comerciantes de estas islas.

«Marinos por necesidad, obligados á cruzar los mares para salvar almas, necesitamos con urgencia una lancha buena y de tonelaje suficiente para asegurar la vitalidad de las estaciones ya fundadas y para extender nuestro campo de acción por las islas donde todavía no hemos podido establecerlos.

«Comprar un barco en Sydney y hacerlo trasladar á nuestras islas, no cabe ni siquiera soñarlo con los escasos recursos de que dispone la Misión: por eso me atrevo á solicitar de las almas generosas algunas limosnas extraordinarias con las que cooperarán á nuestra obra redentora, y suyos serán buena parte de los méritos que atesore el misionero.»

## EL TERCER CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE QUEBEC

### I



os católicos del Canadá están de plácemes y en este gozo los acompañamos nosotros con toda el alma.

Con motivo del tercer Centenario de la fundación de la ciudad de Quebec, y del segundo de la muerte del venerable obispo de aquella diócesis,

Francisco Montmorency Laval, que se han celebrado en el próximo pasado mes de Junio con gran solemnidad, el Sumo Pontífice se ha dignado conceder á los fieles de dicha diócesis una *indulgencia plenaria*.

No contento con esta delicada atención, el amable Pontífice Pío X ha dirigido con fecha 11 de Abril último una hermosa carta al Arzobispo de Quebec y demás Prelados diocesanos del Canadá. Después de manifestarles cuánta razón tienen de ser las demostraciones de alegría que en los buenos canadienses excitan estos dos Centenarios, el Padre Santo se congratula con ellos por razón del especial afecto que les profesa y de las estrechas relaciones que unen al Canadá con la Santa Sede. Gózase de que en aquel país florezcan y prosperen las instituciones católicas, y que la Iglesia disfrute de una libertad mayor tal vez que otros países. Pero lo que más le agrada, es la especial adhesión que los canadienses han mostrado siempre á la Sede Apostólica, de lo cual tan expresivas pruebas han dado al enviar en otro tiempo á Roma parte de su florida juventud, para que defendiese valerosa el Poder temporal del Pontificado.

Merécenle especiales elogios los obispos, el clero y

muchos seglares que ardorosamente trabajan por la prosperidad de la Iglesia en aquel país. No los escatima el católico *Samuel de Champlain*, que encargado de fundar por el rey de Francia aquella colonia, puso tanto empeño en propagar en ella el Catolicismo, considerando que la mejor manera de servir á su rey era el procurar la gloria de Cristo Nuestro Señor, y con este fin hizo venir de Francia celosos misioneros, entre los cuales contáronse ardorosos é ilustrados hijos de la Compañía de Jesús, que encontraron gloriosa muerte en el ejercicio de su sagrado ministerio. Champlain, con rara prudencia, sólo permitió entrar en la nueva colonia á los europeos que hubiesen dado suficientes pruebas de virtud; y si por acaso penetraba allí alguno que careciese de estas condiciones, lo expulsaba, enviándolo al país de su naturaleza.

Encomia no menos Su Santidad al apostólico obispo *Francisco de Laval*, que fué el fundador de la diócesis de Quebec, y envió por toda la América del Norte hasta el Golfo de Méjico numerosos y celosísimos operarios evangélicos, que redujeron aquellos pueblos á la fe de Jesucristo. Gloria fué también de este preclaro Obispo el haber sabido librar á sus diocesanos de la funesta plaga del Galicanismo, que entonces invadía á tantos infelices, y el empeño que siempre tuvo en conformar los actos todos de la liturgia á las prescripciones de la Iglesia Romana, y fomentar en los individuos del clero y en todos los fieles la más afectuosa adhesión al Sumo Pontífice.

Hace también el Padre Santo memoria especial del



*Seminario de Quebec*, fundado por el obispo Laval, de cuyas aulas han salido formados en virtud y ciencia tantos sacerdotes insignes y tan notables ciudadanos, que llegaron á prestar servicios eminentes en distintas esferas del Estado. A este benemérito establecimiento debe su existencia la célebre Universidad Laval, que protegida por la Sede Apostólica y por los obispos del Canadá, fué siempre santuario insigne de la ciencia, y fortaleza inexpugnable de la verdad católica.

## II

Con ocasión de estos notables Centenarios, he aquí lo que decía *L'Univers*, de París, en su número del 23 de Abril último:

«Nuestros lectores saben que se preparan para el mes de Julio próximo grandes fiestas en Quebec, para conmemorar el tercer centenario de la fundación de aquella ciudad. Se sabe que Quebec fué fundada por Samuel de Champlain el 3 de Julio de 1608, en el lugar ocupado por una población indígena, llamada Stadacone y sobre la cumbre del cabo Diamant, muy elevado sobre el gran río San Lorenzo. He aquí como uno de los primeros misioneros del país pintaba á los indígenas, en medio de los cuales 50 franceses comenzaron á echar los primeros cimientos de una gran ciudad:

«Los habitantes son verdaderamente salvajes en el nombre y en la realidad. No tienen morada fija: detiense acá ó allá, donde encuentran caza ó pesca, que es su alimento ordinario. Los hombres y las mujeres andan vestidos de pieles, y van siempre con la cabeza descubierta y el cabello largo: píntanse la cara de negro y de encarnado, y ordinariamente son de elevada talla. En cuanto al ingenio, nada puedo decir con seguridad, pues no he hablado hasta hoy con ninguno de ellos. La temperatura hasta ahora me parece igual á la de Francia, el terruño parece bueno; pero, para juzgar de él con acierto, preciso es haber invernado aquí.»

«La Iglesia no puede ser indiferente á las fiestas que allí se celebrarán, pues desde un principio ella fué llamada por el rey Luis XIII á evangelizar el país y civilizarle cristianamente. Los Padres Recoletos habían ya predicado y bautizado algunos salvajes, cuando, á petición de Champlain, recibieron cartas patentes del Rey de Francia, fechadas el 20 de Marzo de 1615. Cua-

tro Recoletos de la provincia franciscana de San Dionisio, en Francia, embarcáronse en Honfleur el 24 de Abril de 1615. La navegación duró un mes. En Julio decidieron que el centro de sus Misiones fuese Quebec. Desde allí iluminaron toda aquella región, y estableciéronse en seguida entre los montañeses y los Hurones.

«Tres jesuitas partieron para Quebec en 1625, y bien pronto los siguieron otros muchos del mismo Instituto. Estos Religiosos fijaron el centro de su Misión entre los Hurones, ocuparon el lugar de Trois-Rivieres, y abrieron en Quebec un colegio destinado para los indígenas. La Duquesa de Aiguillon, célebre bienhechora de las Misiones, fundó un hospital, que fué confiado á las Hermanas de la Cruz, y en Quebec establecióse igualmente en ese tiempo un convento de Ursulinas, para la educación de las jóvenes, debido á una viuda rica, Mme. de la Peltrie.

«Mientras que los sacerdotes de San Sulpicio ejercían con celo su ministerio en la isla de Montreal, donde habían echado los fundamentos de un Seminario en 1657, erigíase en Quebec en 1663 otro establecimiento de este género, agregado al de las Misiones extranjeras de París. El establecimiento de un Seminario en Quebec fué resuelto por Mgr. de Laval, como natural consecuencia de la erección del Canadá en vicariato apostólico. Monseñor de Laval como Vicario apostólico tenía bajo su jurisdicción todas las colonias francesas de la América del Norte. Fué un obispo dotado de todas las virtudes. «Abrazó con su mirada de apóstol, dice la *Semaine religieuse* de Montreal, los horizontes y el porvenir... Para decirlo todo de una vez, Mgr. de Laval es el Padre de la Iglesia de la América del Norte.» Va á erigírsele una estatua en Quebec, como Champlain tiene ya la suya.»

Justo es honrar con tan animadas solemnidades los Centenarios de tales fundaciones y de tales héroes católicos. Nosotros no podemos olvidar tampoco el origen brillantísimo de la Iglesia católica en los extensos territorios de la antigua Nueva España. Ignoramos si para conmemorar los Centenarios de hombres beneméritos de la talla de los Gante, los Zumárraga, Martín de Valencia, Don Vasco de Quiroga, y cien y cien de imperecedero recuerdo, se han celebrado fiestas dignas de sus virtudes y colosales empresas.

## MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (AFRICA ORIENTAL)

(Continuación)

### IV.—Vela de las armas



Al cumplir los catorce ó quince años era ya tan grande y robusto, que mi padre no titubeaba en ausentarse y confiarme el rebaño. ¡Y lo orgulloso que estaba yo por ello!

Cuando, poco tiempo después, fuí

admitido en el número de los candidatos á la próxima fiesta de la adolescencia, sentí mayor contento que si me hubieran regalado una docena de vacas...

Empezamos la serie casi no interrumpida de cantos y bailes preparatorios del acto más grande de nuestra vida, acto que debía hacernos hombres y guerreros, armándonos de lanza y sable y concediéndonos la plenitud de los derechos y privilegios.



Día y noche recorriamos las calles y plazas del pueblo, cantando y bailando delante de todas las casas, sin omitir ninguna, pues de lo contrario hubiéramos ofendido gravemente al propietario.

Y en todas partes las buenas amas nos ofrecían bebidas y manjares en abundancia.

A eso de media noche, rendidos de fatiga y casi sin voz á causa de tanto cantar, pensábamos en el descanso.

Para demostrar que éramos dignos de los honores que se nos preparaban, nos internábamos en la selva y allí dormíamos tranquilamente, á pesar del frío glacial y del rocío de la noche, hasta el despertar de las perdices...

¡Esta época de mi vida no la olvidaré nunca!

Una noche, dormíamos á pierna suelta en el bosque, cuando inesperados gritos de horror y de desesperación nos despertaron. Los gritos venían de nuestro pueblo, que estaba detrás de la montaña, á media hora del campamento. Subí la cuesta apresuradamente, y al llegar á la cumbre ví un espectáculo horroroso. El pueblo ardía; las casas eran montañas de gigantescas llamas; la densa humareda del incendio oscurecía el espacio. Llenaban el aire los lamentos desgarradores de las mujeres y el aterrador grito de guerra de los hombres.

En el acto comprendí qué significaba aquello.

Los Massais habían sorprendido el pueblo y cumplido su obra de destrucción y de muerte.

Nuestros pueblos estaban cercados de setos, generalmente muy altos; pero los Massais los escalaban haciendo con sus escudos un plano inclinado, que apoyaban sobre los espinos para no herirse.

Franqueado el seto incendiaban las casas; entre la confusión y el desorden huían llevándose el rebaño y asesinando á cuantos podían, hombres, mujeres ó niños, pero especialmente á estos últimos para disminuir un día el número de nuestros guerreros...

Los nuestros lanzábanse en seguida á su persecución. Pero ¿dónde buscarles en la obscuridad de la noche? Para dificultar más la persecución, al igual que los bandidos, evitando los grandes fosos abiertos por nosotros, se dividían en partidas y tomaban distintas direcciones.

La persecución era siempre peligrosa; porque en tanto que cuatro ó cinco Massais huían á toda prisa con el ganado, los restantes se escondían detrás de los árboles ó entre los matorrales y arbustos junto al camino, y se echaban de improviso sobre los nuestros á medida que desfilaban.

Pero estos peligros no bastaban á detener los guerreros de mi pueblo. Y se lanzaron á su persecución.

Habrían andado unos cien pasos, cuando mi pobre padre tropieza y cae con fuerza sobre la punta de una lanza sólidamente clavada en el suelo, en medio del camino, para dificultar la persecución.

Pero los ánimos no decayeron. Los nuestros regresaron al pueblo con casi todo el ganado; pero ¡ah! ¡á mi pobre padre lo trajeron traspasado de parte á parte por la lanza! ¡no pudo articular palabra!...

Todavía me parece oír los lamentos de mi desconso-lada madre... y recuerdo palabra por palabra, tan joven

como era, mis juramentos hechos por todo lo más sagrado para el salvaje, de hacer pagar cara á nuestros enemigos la muerte del autor de mis días...

Algún tiempo después supimos que los Massais habían entrado en el pueblo á traición y que les había guiado é introducido un Kikuyu sediento de lograr determinada venganza.

El miserable fué preso y condenado al suplicio reservado á los traidores. Se le suspendió del techo de su casa, se encendió bajo sus pies alta pira de leña, y cerróse la puerta...

El día en que fué muerto este traidor tributé á mi padre los últimos homenajes.

Como había muerto sin dejar hijo guerrero ni adolescente, la ley no me permitía enterrarle. Ayudado de un amigo lo trasladé á unos matorrales muy espesos, no lejos del pueblo; al día siguiente fuí á ver si las hienas durante la noche habían cumplido su misión...

Si estos originales sepultureros de mi país hubiesen olvidado su trabajo, ello hubiera sido para mí funesta advertencia de que mi padre había empezado nueva y penosa existencia en el país de *Kerourou*, esto es, de las "tinieblas." La presteza con que las hienas cumplieron su cometido me causó, pues, inmensa alegría.

Sin embargo, al tocar el cadáver de mi padre yo había cometido *sahou* (pecado), y en consecuencia quedaba privado de dormir bajo techado y en compañía de hombre alguno, excepción hecha del amigo que me había ayudado. Así viví despreciado é inquieto hasta que fuí á casa del *manga*, nuestro viejo hechicero, á quien confesé mi pecado y de quien recibí el perdón.

Así terminó mi infancia.

Mi promoción á la adolescencia fué digna de las precedentes, y como aquéllas recibió su nombre, que se transmitirá de generación en generación. Nuestra promoción fué llamada de los *Kamandé*, nombre de un insecto que aquel año asolaba nuestros campos. Acabada la ceremonia nos encerraron en una cueva, donde pasamos unos días de retiro para mejor meditar las grandezas recibidas.

Cuando salimos de la cueva éramos ya guerreros de derecho, pero no de hecho.

Para nuestros ilustres mayores continuábamos siendo hienas, animal nocturno y poco valeroso; nos estaba prohibido terminantemente salir del bosque durante el día. En cuanto aparecíamos en cualquier camino, nos perseguían con saña, arrojándonos terrones, bananos, y cuanto les venía á mano, hasta que nos habíamos internado en el corazón de la selva, residencia diurna de las hienas... Y ello lo hacían únicamente para recordarnos que todavía les debíamos el *iyaki*.

El *iyaki* era el tributo de un carnero que debíamos pagarles cada uno de nosotros por el insigne honor de ser admitidos en su ilustre compañía. Antes de haber pagado este tributo nos estaba prohibido lucir el menor adorno ó emblema, distintivo y propio de la alta aristocracia á que aspirábamos. Y si, por jactancia temeraria, algún desdichado adolescente osaba enriquecer con una sola pluma de gavilán su tocado, inmediatamente le incendiaban la casa. Pagué, pues, mi *iyaki* sin demora, lo que me fué sumamente fácil porque mi padre me había dejado un rebaño considerable, y poco á poco



fuí adquiriendo el porte exterior del perfecto guerrero. Sin embargo, necesité tiempo para adquirir la firmeza necesaria para vencer la timidez que me inspiraban estos fanfarrones. Me atormentaban diciéndome que mi cabellera era corta para guerrero; que no sólo era un miserable *ndero* (hombre que no ha muerto á nadie), sino que ni siquiera nunca había mirado á un Massai cara á cara.

Pero mediante algunos carneros que regalé á dos ó tres de los más valientes, logré captarme las simpatías

de todos. Conversaba con los guerreros, tomaba parte en sus reuniones y daba órdenes perentorias á los más jóvenes.

Y cuando, por fin, tuve la energía suficiente para tratarles de *ngoma*, para llamarles «serpientes, hienas y comadrejas» y nadie osaba replicarme, entonces comprendí que ya había llegado mi tiempo; que había alcanzado el objeto supremo de mis aspiraciones: ¡por fin era guerrero!

(Continuará).



AFRICA ORIENTAL.—SOLDADOS INDÍGENAS.— Reproducción directa de fotografía enviada por el P. Cayzac. (Pág. 161)

## CÓMO LUCHAN LOS JAPONESES

**A**HORA voy á contar al que leyere cómo luchan los japoneses. La pelea que tuve la suerte de presenciar en la ciudad ó villa de que venía hablando, se verificó junto á un templo pagano, dentro de un pequeño circo mullido de arena y situado en una especie de plataforma cuadrada, en cuyos ángulos había cuatro estacas sosteniendo tiritas de papel, en previsión de que pudieran necesitarse para vendar las heridas y restañar la sangre en caso de que alguna caída fuese poco afortunada. Además, de dos de esas estacas pendían dos cestitos con sal, para uso de los luchadores, y servilletas japonesas, con que se oreaban los labios después de servirse un sorbo de agua con una herrada de caña. Alrede-

dor del palenque había esteras en el suelo para comodidad de los espectadores. Los que no cabían en ellas ó no eran partidarios de esa clase de silla, contemplaban la escena de pie algunos, encaramados en los árboles muchísimos, y sentados en la escalinata del templo, al lado de la reina de la fiesta, bastantes.

Como preliminar de función, los que habían de luchar se despojaron de todas sus vestiduras, ciñéndose estrecho *bajaque* ó pampanilla, única prenda de vestir que impedía que la desnudez se convirtiese en absoluta indecencia.

Entonces un viejo ruinoso y carcomido, ataviado con flamante bata japonesa de colores chillones y abigarra-dos, y provisto de un abanico muy historiado y florido, más en armonía con la bata que con la estampa maci-



lenta de quien la vestía; un viejo ridículo de por sí, ridículo por su traje y más ridículo aún por los aspavientos que hacía; un viejo que organizó y dirigió la lucha, que era el juez para dirimir las contiendas que se originaran acerca de si los costalazos eran ó no conforme á regla, y que además tenía que desempeñar la humillante tarea de anudar y arreglar los taparrabos cuando en el calor de la lucha éstos se aflojaban ó rompían, cuidando al mismo tiempo de que los luchadores conservasen mientras tanto sus respectivas posiciones; un viejo, en fin, que era un estuche, dió un grito destemplado, áspero y gangoso, é inmediatamente subieron á la plataforma dos gladiadores altos y fornidos, anchos de hombros, de brazos, de piernas y de caderas; dos montes de músculos, y el uno montaña de gordura. Una vez en la arena, lo primero que hicieron fué darse fuertes manotadas en los muslos y estirar sus poderosas y hercúleas piernas, dando en el suelo patadas secas y sonoras. ¿Era eso una fórmula consagrada y admitida por el uso para saludar al público? ¿Era una superstición? ¿Era un estira-músculos? No lo sé; pero ¡adelante!

El *modus operandi* es el siguiente: los dos contrarios se agazapan como gatos que van á saltar sobre su presa; ambos preparados para embestir y para rechazar el ataque. Así permanecen hasta que otro grito del viejo les pone en movimiento. Al principio, hasta que ambos logran agarrarse, remedan en todo los meneos de dos bravos gallos de pelea: se miran, avanzan, retroceden, se amenazan y saltan; pero una vez que se han enzarzado, sólo puede comparárselos á dos toros de Miura en pelea feroz y desesperada. Mientras duraba la contienda, el público no hablaba, no respiraba, ni siquiera paladeaba sus comistrajos, siguiendo entusiasmado los más insignificantes pormenores de la lucha; pero cuando uno de los atletas era violentamente despedido fuera del circo ó caía en él de cabeza, de lado ó de espalda, haciendo retremblar la plaza, entonces la excitación y con-

tento de la plebe no tenían límites. Si el vencedor era algún campeón de fama ó paladín esforzado que lograba conquistarse por su bravura en la liza las simpatías de los mirones, caía sobre él espesa granizada de gorras y sombreros, que él recogía y guardaba cuidadosamente, cual si fueran *bouquets*, esperando que sus dueños viniesen á rescátarlos, pues un japonés que tira el sombrero en tales coyunturas, bien claro da á entender que quiere hacer un regalo. El premio que obtenía todo luchador que daba á su contrario un revolcón regularcillo se reducía á una toalla de escaso mérito.

Dos días consecutivos hubo esta clase de ejercicios de lucha; en el primero todo fué paz y buena inteligencia, debido á que los lidiadores eran todos de Obama, gente de suyo pacífica y bien avenida; pero en el segundo salieron á la arena algunos forasteros, y cuando se trató de terminar la fiesta coronando al rey de ella —poniéndole otro *bajaque* más lujoso—se presentaron dos competidores á la corona, digo, al *bajaque*. Vanos fueron los buenos oficios del juez arbitrador. Al dar éste su fallo, los luchadores de ambos bandos se pusieron á resolver la cuestión á bofetadas. Como movidos por un resorte, dando gritos salvajes y en actitud belicosa, los espectadores se lanzaron á la refriega. El tumulto fué general, grande, imponente; duró más de una hora. A veces los ancianos, muy respetados en el Japón, lograban calmar los ánimos por un momento; sólo para que se encendiesen de nuevo con más rabia y furor. Por fin vino un agente de policía y... todo el mundo boca abajo.

¿Que cuántos heridos? ¿Que cuántos muertos? Pues ni uno; ni se derramó una gota de sangre, porque ni usaban el arma de fuego del cobarde, ni el puñal del asesino, ni siquiera el bastón de acebo de nuestros montañeses. ¡Admirable! De haber tumultos, que sean á la japonesa y serán ejemplares.

P. NICOLÁS MEBINO,  
(Agustino).

(Del artículo *Impresiones de un viaje por el Japón*.—España y América).

## MISIÓN DEL KWANGO

### EPISTOLARIO NEGRO

Un misionero de Kwango, actualmente estudiando Teología en Lovaina, nos envía la siguiente interesante comunicación:

«Acabo de recibir del Congo algunas cartas muy consoladoras. Son de nuestros catequistas negros, y muestran que la fe y los sentimientos cristianos se infiltran paulatinamente en aquellas almas, no ha mucho víctimas de los horrores y bajezas de un fetichismo detestable.

«Las he traducido literalmente. Tened la completa seguridad, de que ni los Padres ni los Hermanos han dictado ni corregido ninguna de ellas. Los sentimientos que contienen son espontáneos.

«Haced de ellas lo que queráis. Si os parecen de algún interés para vuestros lectores, podéis publicarlas.

«Vuestro affmo. s. s. en Cristo,

IVON STRUYT, S. J.»

### Carta que muestra amor y tristeza

«Padre Swannet, buenos días. Pero, Padre mío, se me ha ocurrido una hermosa ocurrencia. Mi jefe y mi Padre, cuando pienso este pensamiento me entristezco mucho por vuestra causa. Vosotros los sacerdotes y los Hermanos, habéis venido aquí no buscando dinero, ni para comerciar y atesorar riquezas. Abandonasteis vuestros padres y vuestras familias. Abandonasteis vuestra patria y vinisteis aquí por nosotros. Pero nosotros y nuestros viejos somos unos locos, no tenemos corazón. Estas cosas que os digo, Padre mío, son la pura verdad; no tienen nada de ficción. Los sacerdotes llegaron al Congo, esto es, á nuestro país, hará unos trece años. Estos hombres lo abandonaron todo por nosotros, por nosotros que no creíamos; nuestros viejos apegados sólo á las cosas de la tierra; todo lo malo está



con ellos: el adulterio, el fetichismo, el pillaje, la perezosa y el fraude, todo lo malo está con ellos. ¿Es que ya en el Antiguo Testamento la cólera de Dios cayó sobre nuestra tierra?

«Nuestros viejos no tienen corazón, no creen las lecciones de Dios y hacen chacota de los sacerdotes y de sus enseñanzas. Pero de ello no tienen la culpa los sacerdotes, la culpa es de nuestros viejos.

«¿Acaso el día del Juicio final se atreverán á presentar á Dios sus mujeres y sus fetiches?

ANTONIO DINKULU.

Kimpako.»

N. B.—Los alumnos de mi escuela de catequistas son los que han escrito estas cartas.

Tengo otras muchas, pero me limito á enviaros estas como muestra.

Carta fijada por un catequista en la tumba de un hijo suyo recién fallecido

«Lunes, 13 de Enero de 1908.

«Ha salido de mis manos mi primer hijo querido. ¡Ha ido á descansar en la paz del Señor, en el cielo!

«Y yo, su padre y su madre, quedamos huérfanos y solos. Era este el primer regalo salido de Dios y ha vuelto á su casa. ¡Qué podemos decir nosotros hombres!...

«Si El quiere puede darnos otro; tal como El lo quiera... Sólo El lo sabe; nosotros no lo sabemos.

«Quizá un día lograremos volverle á ver en la gloria, si tenemos la dicha de morir en gracia de Dios, como ha muerto Carlos, mi hijo querido. Así sea.

TIMOTEO BWAGÉ.

Kimpako.»

«Martes, 14 de Enero de 1908.

## EUROPA

«Padre Ivon Struil, buenos días de mí, tu hijo Pete-lo Kindundu de Kimpako; pero Padre, ¿cómo está V.? ¿Sigue V. bien de salud? Yo estoy tristísimo, porque la voz de V. no la oigo hace tiempo, la figura de V. no la veo hace tiempo. Pero en mi corazón sí que le veo muy bien. No obstante cuando quiero mirarle con mis ojos no le veo y por esto le escribo esta cartita para preguntarle ¿sigue V. bien?

«Padre mío, voy á pedirle una oracioncita. El año último el Señor Dios me hizo ver su cólera. El ha querido que yo y mi esposa lográramos ser á sus ojos buenos cristianos. El nos ha probado en nuestro hijo.

«Yo, pensaba en mi corazón: el día que tendré un hijo tendré la felicidad; pero mis pensamientos fueron vanos. El niño murió al acabar de nacer. Y entonces yo tuve una grandísima pena. Acaso el Señor se vengó de nosotros porque antiguamente yo y mi mujer, cuando vivíamos aún en el pueblo indígena y cuando aún no éramos cristianos, nosotros habíamos exteriorizado nuestro orgullo frente á frente de nuestro Dios.

«¡Pero hágase en todo su santísima voluntad! ¿Qué otra exclamación podríamos hallar mejor que esta?

«Y ahora le pediremos que aplaque su cólera en su corazón, que se compadezca de nosotros y que nos dé otro hijo.

«El niño murió el 13 de Noviembre de 1907, á media noche, fiesta de San Estanislao.

PEDRO KINDUNDU.»

«N. B.—El autor de las precedentes líneas antes de su conversión era hechicero y jefe de bailarines en un pueblo indígena. Actualmente está al servicio de los misioneros, á quienes parece no quiere abandonar en todos los días de su vida.»

Carta de un catequista dirigida al P. Swannet durante uno de sus viajes

«Domingo, 26 de Enero de 1908.

«Reverendo P. Swannet, buenos días. Os doy gracias, Padre mío, por la carta que os dignasteis enviarme con motivo de la fiesta de San Timoteo, mi Patrón. En Kimpako yo le festejé con esplendidez el viernes 24 de Enero. Todos los niños de la clase me regalaron sus mejores estampas y ramos de flores. El jueves me confesé; el viernes por la mañana llovía copiosamente; y á pesar de la lluvia corrí á la iglesia, porque quería recibir cuanto antes á Jesús Sacramentado, para honrar á mi Santo, en nombre del cual se ofrecía la Misa. Recé mucho y le pedí á mi Santo que pidiera para mí la gracia de saber enseñar bien las lecciones de Dios con valor y porque el Señor me dé un corazón puro y obediente siempre á los sacerdotes. Le pedí también pidiera al Señor me deje muchos años en esta tierra para poder ayudaros con todas mis fuerzas á vosotros los sacerdotes.

«Que así sea por la gracia de Dios.

«Un buenos días á todos los niños que van con vos, paseaos mucho, y que el Señor esté con vos y os asista con su gracia. Y que venga bien alegre cuando regrese á Kimpako.

TIMOTEO BWAGE.

Kimpako.»

## CREENCIAS DE LOS CHINOS



Los chinos, no solamente creen en Confucio, Buda y en la inmensa pléyade de dioses que fabrican á su gusto, atribuyéndoles poder especial para remediar necesidades particulares, sino también en espíritus puros, que sin dejar de ser espíritus, de vez en cuando se les aparecen en forma corporal

para complacer á sus adoradores. Que todo ello es obra del demonio, no hay ninguna dificultad en creerlo; y si en Europa se han dado casos, según dicen, de presidir el mismo Satanás en persona algunos conciliábulos masonicos, mucho más verosímil es en China, donde parece que el demonio anda mucho más suelto que en Europa.

En una ocasión, uno de nuestros misioneros fué á vi-



sitar á uno de los principales de la ciudad, siendo recibido con todas las ceremonias chinas é invitado á pasar al K'e-ting (sala de recibir), para obsequiarle con la taza de té, indispensable en tales casos. Al ir á sentarse, el misionero se dirigió á la silla del medio, de las tres que estaban en la cabecera de la mesa; pero entonces el dueño, con mil ceremonias y excusas, le rogó que no se sentase allí, por estar reservado aquel asiento al gran espíritu, que de vez en cuando venía á visitarle, cuando le rogaba que viniese para consultarle asuntos importantes.

El misionero trató de convencerle de la falsedad de sus creencias é instruirle en la verdadera religión; pero él siguió creyendo en el gran espíritu; al que veía, cuando se dignaba visitarle, en forma corporal, y además hacía ver al dueño de la casa su propia alma. Por más que trabajó el misionero para persuadirle de los engaños y lazos que le tendía el demonio, nada consiguió.

Según los taoístas, en cualquiera parte hay un Dios; lo contrario de lo que decimos los cristianos, que Dios está en todas partes; por consiguiente, en China hay tantos templos como dioses. En los templos, delante de cada ídolo, se ve una gran caja de forma cilíndrica, que contiene una infinidad de palitos pequeños. Cuando se quiere conocer el porvenir de un individuo, se va al templo, se quema incienso en abundancia y se encienden varios cirios; después se arrodilla delante del ídolo, teniendo en las manos la caja arriba descrita; se hacen en voz baja las preguntas á las que se desea conteste el ídolo; se sacude ligeramente la caja, hasta que por una abertura que tiene vaya al suelo alguno de los palitos: se le recoge y se le coloca delante del ídolo; después se cogen dos castañuelas, aunque su figura se parece mucho más á un cuerno, el lado convexo representa la cara, y el cóncavo el reverso; se las tira al aire y se ve qué lado presentan al estar en el suelo; si es la cara, quiere decir que el ídolo ha contestado afirmativamente, y si el reverso, negativamente, y entonces, el palito no es bueno y es menester repetir el ensayo.

Como al fin de tantos ensayos tiene que llegar alguna vez que represente la cara, y, por consiguiente, es en sentido afirmativo, en ese caso se va con el palito al guardián de la pagoda y se confronta el número de dicho palito con los que tiene dicho guardián; los de éste contienen versos, figuras raras, enigmas, etc., y de todo este conjunto deduce el guardián el porvenir que le espera al interrogante. La mitad de las veces no predice otra cosa, sino una multitud de circunstancias muy difíciles de realizar y que en resumen no dicen más que cosas vagas.

Otras veces, sobre un plato, se coloca cuidadosamente un papel, previamente humedecido, para que se pueda adherir fácilmente; un sacerdote taoísta comienza por hacer sobre el plato un sinnúmero de gestos misteriosos y á cual más ridículo; después, con un pequeño rollo de papel largo y delgado, frota el papel del plato, que como es natural se desgasta por varias partes, apareciendo con el frotamiento un sinnúmero de rayas y figuras caprichosas, que ellos dicen encierran muchos misterios. Por medio de este método mágico, se descubre cualquiera cosa, por oculta que sea. ¿Que se ha cometido algún robo? Pues en el plato deben aparecer todas las escenas del latrocinio, empezando por el retrato del ladrón, medios de que se valió, etc., etc.

También tienen los chinos *dioses escritores*. Para evocarlos, se coloca arena sobre una gran fuente encima de una mesa; después con un ángulo de madera, cogiéndole por los extremos, se le arrastra por encima de la arena, resultando una porción de figuras caprichosas, que según ellos, son bonitos versos, palabras sueltas, sentencias, etc. Se evoca al espíritu de los literatos más célebres, rogando asista á las ceremonias tomando parte activa en la composición. Al pincel que tiene el ídolo en la mano, se le imprime cierto movimiento, lo cual indica la llegada de uno de los dioses de la literatura, y que según cuentan, en una sesión reciente, escribió lo que sigue:

El crepúsculo cubre la mitad de la montaña;  
los pájaros cansados vuelven á sus nidos;  
la cigüeña impulsada por el viento,  
desciende del espacio á través de las nubes.

Se sigue invocando á otro dios ó diosa, que escribe cosas parecidas, resultando la sesión literaria muy amena y sobre todo *instructiva*.

En China existe el Confucionismo, el Taoismo y el Budismo, distintos entre sí, pero que los chinos las practican indiferentemente, mezclándolas todas ellas (1).

(Concluirá).

(1) He aquí cómo se expresa un ilustre hijo del celeste Imperio al hablar de las religiones: «*Abordant maintenant des vérités mystérieuses, j'ai trouvé la trace dans ce passage.*»—Le tao a produit un; un a produit deus; deus a produit trois; trois a produit tous les etres.—*L'Echo de China*, 7 Fevrier. 1903).

## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA  
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. . . . . 5 Ptas.





ENRIQUE SIENKIEWICZ

# LOS CABALLEROS TEUTONICOS

*(Continuación)**Con aprobación de la Autoridad eclesiástica*

—¡En ese caso marchemos al instante! dijo filosóficamente el anciano, aunque en el fondo no estuviese del todo tranquilo. Sanderus distaba mucho de inspirarle la más leve confianza, y como hombre prudente temía alguna asechanza. Mas quería demasiado á su sobrino para no seguirle en esta empresa que, aunque azarosa, presentaba sin embargo algunas probabilidades de éxito.

Como Mateo y Zbyszko no eran sino voluntarios en el ejército de Skirwillo, les fué imposible pedir á éste que cambiase el plan de sus operaciones para correr con sus tropas en busca de Sigifredo de Löwe. Así, pues, se decidieron á hacer esta expedición por su cuenta y riesgo, acompañados únicamente por los hombres que formaban parte de su séquito.

Sanderus partió el primero... los demás le siguieron á distancia...

Conforme al plan combinado por Zbyszko, Sanderus debía contar á Sigifredo que había logrado escapar, lo que después de todo no era inverosímil. Entretanto los dos caballeros, seguidos de sus escuderos y lacayos, debían llegar á paso de lobo y caer de improviso sobre Löwe y sus gentes.

Por el camino Mateo preguntó á Zbyszko lo que pensaba hacer del viejo Sigifredo de Löwe en caso de que la expedición tuviera éxito.

Entonces el rostro del joven tomó feroz expresión.

—Se lo mandaré á Iurand, murmuró entre dientes.

—¡Dios lo quiera! dijo Mateo.

...En el silencio del bosque umbrío la pequeña caravana avanzaba suavemente, siguiendo la huella trazada por los pies de Sanderus en la nieve. De súbito uno de los jóvenes lacayos de Zbyszko, que caminaba por entre la maleza á unos cien pasos de los demás y que formaba la vanguardia de la expedición, sacó la cabeza por entre dos árboles.

—¡Allí están!

—¡Alto! dijo Zbyszko.

Y se apeó del caballo, haciendo otro tanto Mateo, Chlava y los lacayos.

El joven caballero ordenó que tres de sus lacayos quedasen en el camino con los caballos; todavía le quedaban cinco, además de su tío y el Tchèque.

—¡Adelantel gritó Zbyszko á media voz, lanzándose por entre espeso matorral.

Los demás le siguieron ágiles como lobos.

La pequeña caravana iba precedida por el joven lacayo de vanguardia que de antemano había explorado el camino.

Algunos momentos después vieron á lo lejos una miserable casucha, delante la cual estaba sentado un anciano en quien Zbyszko reconoció á Sigifredo de Löwe.

A pocos pasos de él tres hombres y Sanderus se entretenían en limpiar las armas extendidas á sus pies.

En un abrir y cerrar de ojos los cuatro fueron maniatados por los lacayos de Zbyszko antes de que hubiesen tenido tiempo de tocar sus espadas.

Sanderus no trató en manera alguna de defenderse. Pero, aunque estuviese de antemano convenido entre él y Zbyszko que sería maniatado como los demás, á fin de que en el caso de que el complot fracasase no se viese expuesto á la venganza de los alemanes, se puso á dar descompasados gritos como si lo desollasen.

Entretanto Mateo, en el momento mismo en que Sigifredo, que estaba sin armas, se había levantado con el evidente propósito de apoderarse de su espada, se lanza sobre él como el gato sobre una rata, lo coge con sus férreos brazos y lo echa al suelo.

Zbyszko por su parte, seguido de Chlava, se precipita en la mísera vivienda, gritando con voz temblorosa por la emoción:

—¡Danusia, Danusia!

No recibió respuesta alguna, pero Chlava descubrió cerca de la puerta á la criada, la cual, aprovechando la lóbrega obscuridad que reinaba en la casucha, trataba de deslizarse desapercibida y escapar. El valiente Tchèque, desbaratando sus planes, se arroja sobre ella, la coge por el cuello y la entrega en manos de los lacayos, encargándoles que velasen por ella como por la niña de sus ojos.

Entretanto Zbyszko dió algunos pasos más en la obscura estancia, y repitió:

—¡Danusia, Danusia!

En este momento oye en un rincón una respiración agitada, semejante á la de un animalito oculto entre matas y lleno de miedo porque ve que se acerca el cazador.

—¡Danusia, Danusia! grita el joven. No tengas miedo. ¡Soy yo, Zbyszko!

Entonces descubre en la obscuridad sus hermosos ojos, desmesuradamente abiertos, desfigurados... ¡los ojos de una loca!

Espantado salta hacia ella y la coge en sus brazos. Pero la infeliz no le conoce, y trata de librarse de él, repitiendo en voz baja:

—¡Tengo miedo! ¡tengo miedo! ¡tengo miedo!



## XXXIII



PESAR de la extremada vigilancia de los lacayos de Zbyszko, la criada del teutón, que era pájara de cuenta, logró escaparse durante la noche. El joven caballero de Bogdanietz dió muy poca importancia á su desaparición, pues sólo le preocupaba la pobre Danusia, cuyo cerebro estaba del todo trastornado, y no se podía conseguir que conociese á su joven esposo.

Pero el Tchèque Chlava se enfureció en extremo por no poder conducir á Spychovo y entregar en manos de Iurand, á aquella víbora alemana que tan importante papel había desempeñado en el crimen de Hugo de Danveld y de Sigifredo de Löwe.

Tuvo, pues, que contentarse con el viejo Teutónico, gozando con todo su corazón ante la idea del terrible castigo que Pan de Spychovo iba á infligir al miserable.

Deseando Zbyszko poner lo antes posible en conocimiento de Iurand que había logrado encontrar á Danusia, y forzado, por otra parte, á tomar grandes precauciones para no asustar á ésta, encargó á Chlava que se adelantase, á fin de llegar á Spychovo cuanto antes. El cortejo que conducía á Danusia á casa de su padre debía seguir al Tchèque, pero sin precipitarse demasiado, para dar á la infeliz un poco de reposo.

Chlava, que ardía en ansia de entregar al Teutónico en manos de Iurand, lo ató á su caballo, cogió á éste por la brida, y después de montarse él en su corcel, partió al galope.

Cada vez que hacían una parada, daba al Teutónico pan y agua, diciéndole:

—Bebe y come, boca de lobo, que quiero llevarte vivo ante el caballero de Spychovo.

Sigifredo había ensayado el dejarse morir de hambre, negándose en un principio á comer el pan que le ofrecía el Chlava. Pero como éste le hubiese dicho que le abriría la boca con un cuchillo y que lo forzaría á tragar, el miserable acabó por someterse, no queriendo exponer á tamaño tratamiento su dignidad de caballero teutónico.

Cuando, después de algunos días de marcha sin tregua, el Tchèque llegó por fin á Spychovo acompañado de su prisionero, el abate Kaleb se encargó de anunciar á Iurand la noticia de que era portador Chlava.

El desgraciado caballero, luego de su regreso á Spychovo, se pasaba los días de rodillas, con un crucifijo en la mano, en constante oración. Cubría su desnudo cuerpo con áspero cilicio, sólo se alimentaba de pan y agua, y vivía en una especie de éxtasis, como si no formase ya parte de este mundo.

Al saber por boca del sacerdote que se había encontrado á Danusia viva, y que su verdugo, el miserable Sigifredo de Löwe estaba en Spychovo, atado de pies y manos, Iurand se postró en tierra, y permaneció en esta actitud durante varias horas en íntimo coloquio con Dios.

El abate que, para permitirle que se recogiese, se había retirado y le había dejado solo, volvió muy suavemente á la habitación hacia el anochecer, y preguntó:

—Hermano Iurand, ¿queréis que haga entrar al joven escudero portador de la noticia y al caballero teutónico de Löwe, que aquél trae consigo?

Después de oír las palabras del sacerdote, Iurand se levanta, hace con la cabeza un movimiento afirmativo, y va á sentarse ante una mesa, en la cual, al lado del Crucifijo se ve una jarra de agua y un pan negro, en medio del que estaba clavada una «misericordia» que Iurand usaba para cortar el pan.

Entonces el abate Kaleb abre la puerta, y vense aparecer el Tchèque Chlava y el anciano Tolima, fiel compañero de Iurand, y en medio de ambos, Sigifredo de Löwe. Detrás de ellos entraron varios sirvientes del caballero de Spychovo.

Después de haber presentado Chlava sus respetos al anciano caballero, comenzó á explicarle cómo se había podido librar á Danusia de manos del viejo teutónico. Dióle toda clase de detalles acerca de la expedición emprendida por Zbyszko y Mateo de Bogdanietz, con este objeto; le dijo que, por efecto de tan prolongado cautiverio, su hija estaba sumamente delicada, y que era preciso rodearla de grandes cuidados y extremadas precauciones. Sólo le ocultó una cosa: el estado de trastorno cerebral de su desventurada hija.

Entonces toma la palabra el anciano Tolima:

—Tenéis en vuestra presencia al verdugo de vuestra hija, le dice. ¿Queréis que me encargue de él inmediatamente?

Estas palabras fueron pronunciadas con tono terrible. Era evidente que Tolima no estaba dispuesto á usar de misericordia con el Teutónico, y que le haría pagar muy caro las torturas á que había sometido á Iurand y los sufrimientos que había hecho pasar á Danusia.

Después de las palabras de Tolima, Iurand quedó como abstraído. Luego, de súbito, coge la «misericordia» y hace seña de que traigan á Sigifredo ante su silla.

Todos los allí presentes sentían latir su corazón con violencia; no ciertamente porque tuviesen compasión de Löwe, sino porque los dominaba cierto sobresalto ante la idea de que Iurand, ciego y enfermo, iba á matar con su propia mano al viejo caballero.

Mas no era tal el designio de Iurand. Después de posar su mano izquierda sobre el rostro de Sigifredo, como para recordar sus facciones, busca la cuerda con que tenía atadas las manos, y la corta con su «misericordia»...

El abate Kaleb fué el primero en comprender el fin que perseguía el noble caballero al cortar las ataduras del alemán, y con voz solemne y conmovida, pregunta:

—¡Caballero Iurand! ¿queréis que este hombre, á pesar de todos sus crímenes, sea puesto en libertad?—(Continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona